

magestad, y repetiré estas palabras que terminan la relación del arquitecto. «Por lo demás, esperad que se acabe el edificio: venid entonces y vereis.»

V.

Llegada de emigrados.—Reclutas de la tierra de los Santos.

Mr. Stenhouse, una notabilidad entre los santos, me propuso un día que lo acompañara para ir á esperar las carretas de brazos que habían de llegar el día siguiente y me ofreció indicarme los detalles interesantes. He visto diariamente á este eminente personaje, que es no solo Mayor, sino gran sacerdote, y en su trato he hallado tanto placer como provecho. Nosotros esquivábamos naturalmente, estos puntos misteriosos, que en mi calidad de profano no tenía yo derecho á conocer: pero sobre todos los otros, el Mayor se mostraba harto expansivo y me permitía aprovecharme libremente de sus conocimientos.

Hay que tener presente, que como fiel mormon, debía colocarse en el punto de vista exclusivamente de su doctrina: yo sometía todos sus informes, todas sus apreciaciones al exámen de la opinión contraria, y siempre que yo vituperaba alguna cosa en el sistema que él admira sin reserva, he conocido que no es á él á quien deben atribuirlo sus correligionarios. Admirábame la profunda fe y la sumisión que imponía á su inteligencia. ¿Qué ha sido de las tablas de oro? le pregunté una vez: según los gentiles creereis que un ángel se las llevó, cumplida su misión. Yo no sé nada de eso, me respondió: el mormonismo es la única doctrina que pone la verdad; mi creencia en él es independiente de esos hechos secundarios, y yo no debo ocuparme de ellos. Yo tenía á la vista uno de esos ejemplos de absorción moral en que cae aquel que, aceptando una idea absoluta, llega por la fuerza de la costumbre á no ver ya ni comprender otra cosa.

enlazar los brazos unos con otros. Una vez en esta posición, uno de los asistentes, escogido para monitor, se inclinó sobre la rodilla derecha, tomando la mano del que se hallaba á la cabeza del círculo comenzó lentamente una invocación, cuyos términos fueron repetidos por sus hermanos.

Esta disposición circular, sus frases misteriosas, estas obligaciones acompañadas de amenazas, signos y maldiciones con esta oración en común, constituyen la fórmula más agradable á Dios para obtener las gracias que se le pidan. Colocalos como acabo de decir, Parley Pratt comenzó á rezar y nosotros á repetir lentamente sus palabras llamando las bendiciones del Todopoderoso sobre nuestros actos de obediencia ó sus maldiciones sobre nuestras infracciones de ley. Desde entonces ya éramos hermanos y miembros de las santas órdenes del divino sacerdocio, admitidos á la plena participación del privilegio de la fraternidad, reconociéndonos en signos ciertos y provistos para siempre de una camisa que nos serviría de égida y de recuerdo incesante, ligados unos con otros por secretos terribles; encadenados al santo ministerio por tremendos juramentos. Nosotros

El lunes, cuando el sol se alzaba en el horizonte, Mr. Stenhouse, vino á anunciarme que el convoy había ya salido del *Paso Dorado*. No había tiempo que perder y bajamos la ciudad junto al ángulo de Main-Street; el Mayor me mostró el sitio en que pocos días antes de mi llegada, se había cometido un asesinato. Dos malvados, Brown y Johnston, falsificadores los dos y ladrones de caballos, entraban en casa una noche, cuando cayeron los dos heridos de bala y los dos bajo del brazo izquierdo. Sus cadáveres fueron transportados á la Court-House para ser espuestos allí por todo el tiempo de la ley. Cuando se preguntó á la gente del barrio por el autor de tal crimen, respondieron que no sabían nada ni les importaba averiguarlo: de lo cual dedujeron los gentiles que aquel doble homicidio había sido perpetrado por orden del profeta. Es una suposición gratuita, pero si fuera fundada, nada en este acto sumario repugnaria á la salvaje Temis de los Montes Rocosos.

Cuando salíamos de la ciudad, una columna de polvo nos anunció que los emigrados pasaban el terraplen y por todas partes la multitud se precipitaba por saludar á sus conocidos, á por obtener nuevas del país. Viéronse, en fin, las carretas: todos los viajeros traían vestidos limpios; los hombres venían lavados y afeitados; las jóvenes cantaban himnos y vestían traje de domingo. Todos los rostros estaban tostados del sol; pero espresaban jubilosos intensa felicidad. Los viejos y los niños venían en carro; los demás seguían á pie ó á caballo; algunos también en *traps*, en *sul-kies* ó en *buckboards*. Una pequeña cabalgata de jóvenes, de continente un tanto audaz, ostentaban toda la elegancia del Far-West: sombrero de las *Rochouses* de anchas alas, altos y puntiagudos, chaqueta de cuero bordado, pantalón de lo mismo con grandes franjas, camisa de franela roja ó color de arco iris, grandes espuelas, pistolas brillantes y cuchillos de caprichosas vainas, en un cinturón rojo de flotantes

debíamos levantar el velo repitiendo la serie de fórmulas precedentes: cortaron después con unas tijeras ciertas marcas de las camisas, se murmuró á nuestro oído un nuevo nombre pronunciado de una manera ininteligible, y atravesada esta tela de algodón, llenos ya en el celeste reino de Dios. Los hombres se vuelven para recibir á sus mujeres que tienen que repetir la misma ceremonia. En este *celestial reino* hallamos á Brigham y muchos otros que esperaban el sermón de iniciación. Antes de este sermón se nos permitió vestir nuestra propia ropa guardando siempre la sagrada camisa. Eran ya cerca de las cuatro, tomamos un ligero tente en pie y volvimos al *reino celestial* á oír el discurso. A H. C. Kimball tocaba la comisión de explicar la alegoría, dando á la cuestión un serio giro á fuerza de repeticiones de las diferentes fórmulas de signos y modos de reconocimiento. Terminó por consejos y amenazas: era el desenlace de la comedia».

(El mormonismo, sus gefes y sus designios por Hyde, antiguo ministro de esta religión).

cabos. Aparte del traje, aquella dorada juventud del valle desierto, se distinguía fácilmente de los productos exóticos por el modo de manejar el caballo y por su apostura en él. A mi alrededor abundaban las caras familiares, tipos ingleses de todas clases, rudos artesanos, soldados licenciados, labradores y dependientes; algunos estudiantes germánicos, campesinos y arrendadores escandinavos y suizos; corresponsales, periodistas, apóstoles, obispos, ancianos y otros dignatarios de los Estados del Este, completaban el cortejo.

Cuando llegaron al *square* público del octavo cuartel, se pusieron los carros en línea para la ceremonia final. Antes de la guerra, el primer presidente se hacía un deber en honrar con su presencia la llegada de los carretones ó otros convoyes de esta clase. Después de la invasión, es difícil que se aleje de su habitación, pues no sale más que para ir al tabernáculo; si por casualidad consiente en formar parte de una fiesta de estas, se guarda el secreto cuidadosamente. Se asegura que á pesar de su poderosa voluntad, de su energía poco común y de su valor moral, el actual profeta no tiene la intrepidez física de su predecesor. Los mormones dicen, que es un rumor calumnioso, pero se apoya en el testimonio de los hombres más sinceros y justos. Los hechos por otra parte, lo confirman al parecer: hay guardias en las puertas de Mr. Brigham Yung y jamás se muestra en público, sin ir acompañado de amigos y discípulos armados. Semejantes contradicciones morales se encuentran con frecuencia. Los que conocen los hechos y gestos de los brahmanes en las cortes de Sattara, Puna y otros lugares, saben con qué audacia se juegan la vida estos dignatarios en las más locas intrigas, teniendo á menudo la pusilanimidad física de Hobbes y otros escépticos.

En la circunstancia que nos ocupa Mr. Brigham, fue reemplazado por el obispo presidente Hunter, un pensilvano de quien los anti-mormones más exaltados, más lenguaraces, tienen que hablar honrosamente. Precedido de una orquesta que tocaba instrumentos de cobre, porque este pueblo ama con pasión el metal ruidoso de las charangas guerreras, y acompañado del *marschal*, el obispo de pie en su carruaje, llamó á los capitanes del convoy, les dió un apretón de manos, se ocupó de negocios, é inmediatamente se tomaron disposiciones para alojar á los que llegaban y procurar trabajo á todos los que pudieran pedirlo.

Mr. Stenhouse iba y venía entre la multitud y me presentó muchas personas, cuyos nombres no recuerdo: esta formalidad, seguida casi siempre de alguna invitación por mi parte, me valió numerosas pruebas de benevolencia. Mi cicerone cambiaba una palabra con el hermano tal, otra con la hermana cual, sin emplear nunca los tratamientos de señor ó señora, tan-

prodigados en los Estados y que no se admiten entre los santos del último día. Esta fórmula fraternal da á la conversación mormónica, cierta cosa de patriarcal y como un perfume oriental: sin embargo, el uso viene á ser con frecuencia abusivo. Un pequeñuelo á quien preguntárais cómo se llama, os respondería: Soy hijo del hermano tal ó cual.

A fin de distinguir los hijos de las diferentes esposas, se hace preceder del patronímico de la madre: así, pues, los hijos que yo tuviera, por ejemplo, de miss Brown, de miss Jones y de miss Robin, se llamarían hermano Brown Burton, hermano Jones Burton, hermano Robin Burton.

Aun respecto de los más altos personajes, están suprimidos los títulos de *reverendo* y de *esquire* con que todos se engalanan en la Nueva Inglaterra, lo mismo que en la antigua. El pontífice y las eminencias que lo rodean se llaman simplemente hermanos, ó mister tal, según la calidad de gentil ó de mormon de la persona que les habla: tienen el poder y desdennan su sombra. En cambio hay en la multitud tantos coroneles y mayores, como en la época en que las mordaces críticas de miss Trollope, hicieron echar fuego y llamas á los americanos; su proporción relativamente á los capitanes, es de diez por uno.

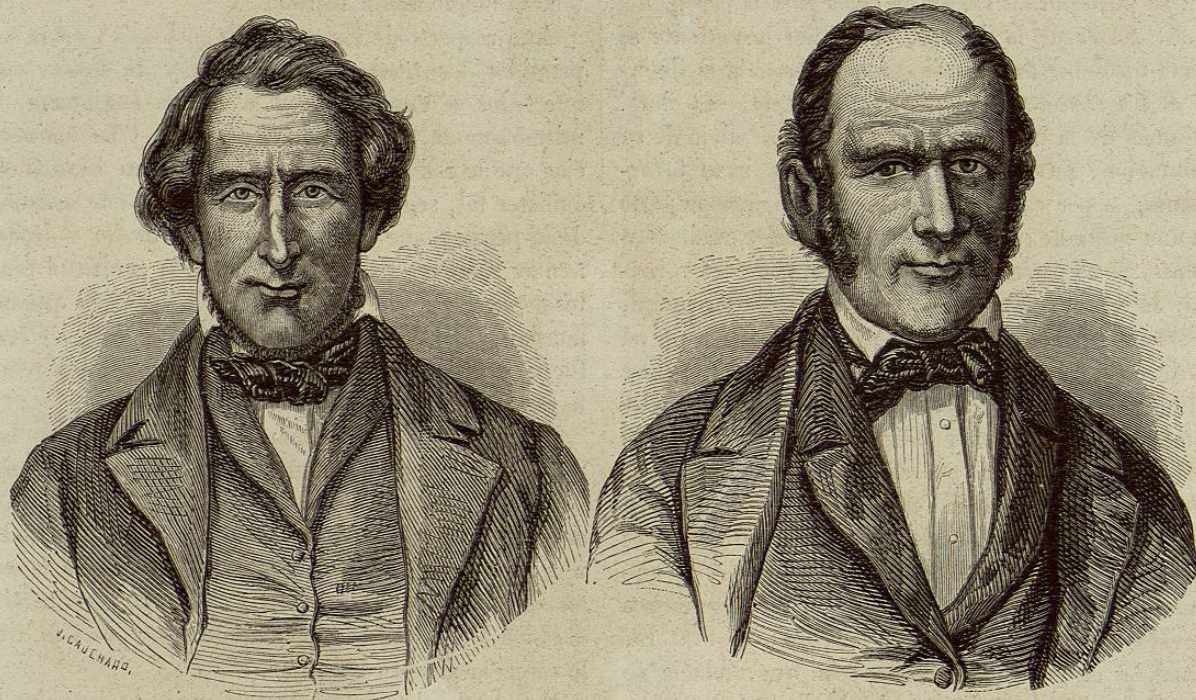
El prenombre de hermana, se aplica á todas las mujeres, cualquiera sea su edad, lo que libra del embarazo en que pone á uno en el Estado, la obligación de distinguir la suegra de la nuera, para dar á cada una el prenombre que le conviene: *mistress* á la segunda, *madama* á la primera, ó lo que es más grave, darles á la inglesa los epítetos de joven y vieja, ó á la escocesa *mistres B. senior*.

En cuanto al traje, el de las mujeres comienza á singularizarse: el sombrero inglés de campo, el *gork* de los habitantes de la Cornuaille y el *sun bonnet* de los Estados-Unidos son de uso universal, con la diferencia de que los mormones añaden un espeso y largo velo por detrás, que sirve de chal ó de capucha. Una especie de corpiño, no ajustado, y una falda de tela no costosa, indiana ó cosa parecida, componen el vestido exterior. Las ricas son aficionadas á la seda, especialmente negra. He observado que los comerciantes están bien provistos de objetos de tocador. El amor al adorno no es un accidente mental en el bello sexo, llamado por algunos *εως φλοβομοι*; es un rasgo característico, una debilidad encantadora que aqueja lo mismo á la salvaje medio desnuda que á la civilizada crinolina, á la cuáquera como á la ramera, á la petimetra como á la señorona, á la pecadora como á la santa; un punto en que todas se encuentran una vez á lo menos en su vida y en que poco más ó menos son iguales todas. En la ciudad del gran Lago Salado hay tres almacenes de modas, trece de novedades, dos de objetos de fantasía, cintas, encajes, borlas

y demás adornos femeniles. Algunas de estas tiendas reciben grano en pago de sus mercancías.

Yo me admiraba grandemente del contraste que los recién emigrados hacían con los antiguos colonos, especialmente con aquellos que habían nacido en las inmediaciones de las Praderas. Mientras que los recién llegados se ofrecían con esas formas rudas, y á veces groseras, que caracterizan al indígena del suelo inglés, donde rara vez se encuentra la belleza en los talleres ni en las granjas aunque no se sufra ninguna privación material; los otros y sobre todo las

mujeres tenían generalmente esa finura de tez que se nota entre los americanos de los Estados-Unidos. Acaso los fisiologistas no crean en un efecto tan pronto y ostensible de la temperatura, pero está probado en la India, que bastan algunos años para destruir la frescura y deteriorar las formas, sobre todo, en el sexo débil. ¿Por qué, pues, en un clima absolutamente contrario, un aire purísimo, un terreno seco, á una altura de 4,000 pies sobre el nivel del mar, no han de obtener un resultado contrario también en el mismo espacio de tiempo?



El patriarca Jedidat Grant, y el vice-presidente Kimball.

Sea lo que quiera de mi teoría, adóptese ó no, el hecho no deja de existir por eso. Yo señalé al elder la transformación que se había obrado en sus contemporáneos, linfáticos ó sanguíneos, convertidos en nervioso-biliosos, ó simplemente nerviosos, metamorfosis que había tenido por efecto el adelgazamiento del cuerpo, el afinamiento de la mano y del pie, la perinidad del semblante, la limpidez de la vista, la perfección del tipo. Le hice observar entre los naturales de estos países, la regularidad y nobleza de facciones, el desarrollo de la frente, el aire pensativo, la longitud y suavidad del cabello, la delicadeza de la piel y su transparencia, el supremo encanto de la americana, cuando tiene á bien sonreír. Mr. Stanhuse no pareció sorprenderse de la manera como yo explicaba este hecho evidente. Los otros, me dijo, aludiendo á los gentiles, atribuyen esa elegancia de formas y ese aire pensativo, que es para ellos tristeza, á la irritación

constante que inspira á nuestras mujeres el régimen de la poligamia.

Le pregunté cómo se componían los emigrados á su llegada á la colonia. Es probable, le decía, que la duración del viaje, el sentimiento de debilidad que se experimenta en medio de gentes desconocidas, disminuya su presunción, su arrogancia británica. Su conducta es buena, me respondió; pero todos creen poder llegar al pináculo al primer salto, cuando ese es el medio de alejarse de él: echarse adelante aquí es perder un tiempo precioso. El que llega no inspira ninguna confianza: es menester que desde luego haga sus pruebas, que vaya en misión, que vuelva, que se case. Entonces se le permite subir, si ha mostrado, por supuesto, que puede ser útil.

Muchos ingleses atraviesan las Llanuras sin sospechar que están en los Estados-Unidos, y consideran á Mr. Brigham Yung del mismo modo que los

católicos de la generación precedente, miraban al papa. Se ha visto á los daneses, á los suecos, á las gentes del país de Gales, despojarse en el camino de sus ropas de invierno en la convicción de que reinaba

en el valle santo una eterna primavera. La torpeza con que los emigrados se conducen, ha venido á ser el borrador de una multitud de historias más ó menos chistosas: ha y una que se refiere hace tiempo desde las



Brigham Young presidente de los mormones.

orillas del Misisipi hasta las playas del Pacífico y siempre con el mismo éxito. Un jinete ve un carro al que se aproxima y á su lado un muchacho pálido y descajado, que tiene en los brazos un chiquituelo.

—¿Qué ocurre? le pregunté.

—Ocurre que me hallo en el mayor conflicto: mi padre está beodo, mi madre tiene convulsiones, hermano Tim hace su partida de poker, mi hermana está allá abajo con un extranjero que la corteja, el pequeño tiene un cólico, los bueyes no pueden ya dar un pa-

so, la carreta se ha roto, el agua dista aun 20 millas... ¿Me burlo con razón de ver las Californias?

VI.

La danza y los Santos.—El profeta en el baile.

La estación de los placeres no había llegado aun en la época de mi salida, por lo cual no pude ver á las mormonas en traje de baile: sin embargo, por los datos que he recogido, puedo afirmar que los Santos,

á pesar de su gravedad, forman un pueblo eminentemente sociable: tienen grande afición á las carreras en trineo, á la comedia de salón, y se envanecen de tener algunos buenos actores, entre los cuales MM. Snow, Clawson y Dunbar ocupan el primer lugar. Sir Bulwer sabrá sin duda con gusto que *the Lady of Lyons*, ha escitado entre los mormones mas entusiasmo que en Europa. Luego que se arbitren los recursos necesarios se edificará un teatro que, según el proyecto, ha de rivalizar con los del antiguo mundo.

El baile se considera al parecer como un ejercicio edificante: los apóstoles, los obispos, el profeta mismo, se dedican á él con entusiasmo. Un profesor de este ramo de las bellas artes, haría fortuna en la Nueva Sion, donde el mas instruido de los pedagogos tendría necesidad para vivir de añadir á su ciencia un artículo mas lucrativo. Aquí no se baila en la blandura de la gente distinguida de la vieja Europa: como en tiempo de nuestros padres, se observan estrictamente las posturas, se marcan los pasos cuidadosamente, se estiran violentamente las piernas: en una palabra, es una recreación que exige bastante fuerza de músculos. Yo, por mí, confieso francamente que siento una especie de prevención hácia el baile entre las personas que llegan ya á esa edad incierta en que la flexibilidad falta á la fuerza, y he participado muchas veces de la hilaridad de los franceses, á vista de algun inglés calvo, rígido, poniendo su edad madura en medio de las alegres expansiones de la juventud. Hay sin embargo, autoridades respetables en favor de la perseverancia coreográfica. David, según se nos enseña, danzaba en edad harto avanzada, y Escipion, al decir de Séneca, guardó siempre la costumbre de ejercitar así sus heroicos miembros.

Además de las fiestas que por suscripción se dan en los diversos establecimientos públicos hay las *soirées* de cuartel, los *cotillones* semanales, donde acaso bailan estos venerables personajes como en Oxford hacen el ejercicio los bachilleres. Lo mismo que en el palacio de San James, la polka se desapruueba entre los Santos; pero se asegura que Terpsicore debe á la nueva fe una feliz modificación de la contradanza, el cotillon mormónico, en que todos los caballeros dan la mano á las señoras. Esperamos que se introduzca esa nueva forma de cuadrilla en los baños de mar y otros donde la proporción de los bailarines respecto de las bailarinas, es rara vez de mas de uno por siete.

Las reuniones de sociedad son verdaderamente escogidas y están montadas sobre un pie dispendioso. Las invitaciones hechas en papel blanco con cantos dorados y bordados de estampa solo se envían á lo mas escogido de la ciudad y no pasan de setenta y cinco á ochenta los jefes de familia invitados, incluso los gentiles de buena posición.

Este billete de 10 dolares no sirve mas que para

una pareja y hay que dar otros 2 dolares por cada lady que se lleve además. En las fiestas menos espléndidas, el gasto total no pasa de 2 dolares y medio. A la proximidad del gran día, los billetes se venden con prima y adquieren á veces gran valor, pero el espacio es limitado y mas de un Jacob se ve reducido á presentar solo á su Raquel, privado de su glorioso cortejo de Lias, Zilpahs y Billahs.

He aquí en resumen lo que se me ha dicho acerca de la última fiesta. La sala estaba decorada con una elegancia de admirable gusto; entre las colgaduras y guirnalda de ramas verdes, se destacaba esta divisa: *Our mountain Home*, con lo que estaban todos conmovidos. A las cuatro de la tarde llegó el profeta y se reclamó el *orden*. (¿No se podría hacer otro tanto en los bailes de Londres?) Inmediatamente se obtuvo el silencio, y el pontífice subido sobre un estrado levantó las manos y bendijo á todos los circunstantes. En Europa he oído decir que el dueño de la casa en que había un baile hacia todo lo contrario.

Terminada la bendición, Mr. Brigham descendió de su plataforma y fue el primero que rompió el cotillon. A las ocho se anunció la cena, en cuya mesa había doscientos cincuenta cubiertos y la lista del servicio había sido preparada por Mr. Caudland, propietario del restaurant del globo, donde iba yo á comer. Acaso se tenga interés en saber que la cocina del Utah ofrece algunas novedades, el castor y el oso por ejemplo. La carne de este último animal es muy estimada en toda la region del Oeste principalmente á fin de otoño; despues del invierno es seca y dura. Ha ocurrido á mas de un inglés, cazando en el Himalaya vencer la repugnancia natural que le inspiraba la grasa de aquel animal y regalarse con un bifeck de oso: el pie, sobre todo, que entre paréntesis, se parece á una mano de hombre, es excelente, *experto crede*. Yo no puedo decir nada de la cola del castor, pero no hay razon para que sea inferior á la del carnero del Cabo, cuyo buen sabor es conocido.

Despues de la cena, comenzó de nuevo la danza con nuevo ardor; entre los cotillones, los primeros artistas cantaron aires populares y algunos duos, terminándose la fiesta como había empezado: por las preces y bendición del profeta. Había durado hasta las cinco. ¡Bailar trece horas seguidas! Esto prueba poderosas facultades para el placer. Y es probable que los bailarines volverían á sus casas cantando algun refran del género de éste:

Chanton: toujours en chœur,
Chanton: Vive frère Brigham!
Et béni soit le val de Déséret, ret, ret!
Et béni soit le val de Déséret! (1)

(1) Cantemos siempre en coro, cantemos. ¡Viva el hermano Brigham! ¡Y bendito sea el valle de Deseret! ¡Bendito sea!

VII.

Visita al profeta.

Habia yo espresado á Mr. Cumming mi deseo de ir á ver á Mr. Brigham Young, ó mas bien al presidente, como se dice en estilo oficial: el gobernador tuvo á bien preguntarle cuándo podría hacerle mi visita y recibió por contestación que el presidente de la Iglesia universal de Jesucristo, de los santos del último día, no admite extranjeros á su presencia, sino con cierta reserva; que se ve precisado no solo por medida de seguridad personal, si que tambien por preservar su dignidad de malévolas observaciones, groseras muchas veces, por parte de los que al visitarlo se creen autorizados para faltar á todas las leyes de la política respecto de un mormon; sin embargo, que me recibiría la mañana siguiente despues de almorzar.

En su consecuencia, el día siguiente, á las doce, busqué al gobernador en Main Street y fuimos á la casa presidencial. Sometiémosnos á un ligero exámen y pasamos despues por delante de la guardia, que no solo no llevaba galones ni bordados, mas tampoco armas aparentes. Entramos, pues, en el gabinete del profeta con quien había muchas personas sentadas, que se levantaron á la llegada del gobernador. Este dijo algunas palabras de presentación y el presidente se adelantó hácia mí y tendiéndome la mano con sencillez completa, me hizo sentar en un divan y me presentó á su vez á las personas que lo acompañaban.

Es por lo general poco conveniente hacer el retrato de la persona que nos recibe; pero el caso es excepcional y no creo tampoco infringir las leyes de la hospitalidad haciendo el de Mr. Brigham Young. Es un pontífice, un profeta, provisto de todos los dones que prodiga el Señor á los jefes de la Iglesia. Su historia y fotografía se han publicado muchas veces: yo solo añadiré alguna cosa al parecido y despues no tengo nada que decir que no le sea favorable.

El profeta nació en Whittingham, en el Vermont, el 1.º de junio de 1801; tiene pues hasta el 1860 en que estamos, cincuenta y nueve años, pero solo aparenta cuarenta y cinco. La celebridad envejece. Yo esperaba ver un hombre de avanzada edad, de rasgos venerables, y apenas un hilo plateado se ve en su rubia cabellera, que bastante espesa y dividida por una raya al lado, desciende por bajo de las orejas, rizada á la mitad. Su frente es un poco estrecha, sus cejas delgadas, sus ojos, que tienen algo de gris y azul, son tranquilos, y espresan reserva y reflexión. La debilidad de su párpado izquierdo que cae algo mas que el otro, me hizo creer en un ataque de perlesia; despues he sabido que era efecto de dolores neurálgicos que el profeta ha padecido. Por esta causa

tiene siempre cubierta la cabeza, excepto en su casa y en la iglesia. Mistress Vard se engañó como la *Revista de ambos mundos* que lo repitió, diciendo que «S. M. mormónica no se quita ni aun en público el sombrero».

Su nariz ligeramente puntiaguda, pero bien formada, se inclina un poco á la derecha, sus labios apretados como la mayor parte de los naturales de la Nueva-Inglaterra; los dientes mal ordenados sobre todo los inferiores; en fin, la barba cuidadosamente afeitada excepto bajo la mandíbula inferior, donde le es permitido crecer. Sus manos son elegantes y no afeadas con sortijas, su cuerpo es un poco robusto, su estatura mediana, sus espaldas anchas y un poco encorvadas.

Su traje, de paño gris, de fábrica indígena, tenía la sencillez y limpieza del de un cuáquero. Consistía en una levita muy larga de forma antigua y botones negros, un ancho pantalon de lo mismo, una corbata de seda negra, estrecha y lacia, un chaleco recto de tafetan negro completamente cerrado y sobre el cual resaltaba una cadena de oro lisa que entraba en el bolsillo, y finalmente, botas á la Wellington, según toda apariencia de construcción americana.

En suma, el exterior del profeta es el de un arrendador de la Nueva-Inglaterra, lo que nada tiene de extraño: su padre era un labrador que despues de haber tomado parte en la guerra de la independencia, fijó su residencia en el Vermont.

Es, como ya hemos dicho, un hombre bien conservado á pesar de las fatigas y persecuciones, hecho que ciertas personas atribuyen á una gran moderación y á su templanza en todas las cosas. Sus maneras son al mismo tiempo sencillas y cultas, afables é imponentes. Exento de toda pretension se distingue ventajosamente de ciertos pseudoprofetos que he visto y que se creen cada uno un *logos*, sin tener para ello otro título que un amor propio escesivo. Mr. Brigham no da ningun indicio de fanatismo; no tiene nada de hipócrita, menos de dogmático y jamás me habló de su religion.

Sin pretenderlo, impone su poder: el extranjero tiene el presentimiento de ello y sus correligionarios se ven fascinados por su fuerza moral. Dicese con frecuencia que no hay mas que un jefe en la ciudad y es Brigham Young. De grande igualdad de humor, es frío ó mas bien serio en su conversacion; su rostro es pálido; pero está lejos de ser triste, ni metodista: en ocasiones sabe manejar el sarcasmo y dice su modo de pensar de un modo que nadie olvida.

Su vehemencia es tal respecto á los culpables, que ha logrado que sus reprobaciones se tengan por suficiente castigo del robo de un caballo ó de una vaca y reemplazar la pena de muerte con el espanto que inspiran.